

Adiós a los que se van

Adiós, viejo amigo. Unase nuestra despedida, dirigida desde esta vertiente mediterránea, a todas las despedidas que te sean dadas por tu jubilación. Porque esta es, según parece, la causa de haberte retirado del servicio. De este servicio que has prestado tan entrañablemente durante 64 años, siete meses y seis días.

Has llegado a caduco, por lo que se ha visto. Pero quién sabe si más de una vez no te hecharíamos de menos, exclamando: «si ahora tuviéramos el cremallera.» Pero ya ves. Los tiempos actuales no cuadran con tu lentitud. El oficio que has venido ejerciendo tantos años, esta labor que podríamos llamarla de introductor de peregrinos y viajeros al trono de nuestra celestial Patrona la Virgen de Montserrat, es arcaico, pese a la preparación espiritual que tu nos ofrecías con la incomparable belleza de tu recorrido. Ahora es cuestión de llegar rápido, precipitarse y vuelta a marchar.

El perro amigo también deberá echarte de menos aunque te cambie por la carretera, impuesto por la ineludible razón de existir.

Adiós cremallera de Montserrat que terminaste tu existencia en la tarde del día 12 de este mes. Hasta siempre, recuerdo imborrable de nuestros años mozos, de nuestros abuelos y de otras generaciones. No será fácil olvidarte a tí, tan lleno de historia, de tradición y tan vinculado a la veneración de la «Moreneta».

Amorosa

SAN FELIU DE GUIXOLS 23 DE MAYO 1957 - NÚM. 485 - AÑO IX



Un acontecimiento trágico ha conmovido esta semana a la opinión pública mundial. El mortal percance ocurrido al intrépido deportista español, marqués de Portago, en la carrera de las mil millas de Brescia ha puesto nuevamente sobre el tapete la discusión de si es justo permitir competiciones tan peligrosas para sus participantes y espectadores.

El balance del accidente automovilista ha sido horrible. Trece personas muertas en total. Entre ellas cuatro niños. Precio excesivamente elevado para una competición en la que tan sólo se debate el crédito de unas marcas y la destreza de unos cuantos conductores. Méritos muy dignos de defender pero que por el alto coste de vidas humanas a que se consiguen hace dudar si en buena lógica es permisible se realicen.

Porqué lo que ha ocurrido ahora en Italia no es un hecho aislado ni sorprendente. El año pasado, sin ir más lejos, en las famosas carreras de Le Mans hubo una verdadera masacre humana en un siniestro semejante. Y en tantas otras carreras de esta índole como se han celebrado anteriormente en otros lugares rara ha sido la vez en que no ha habido que lamentar víctimas.

Por este motivo se han alzado nuevamente voces de protesta contra la celebración de tan peligrosos pugilatos y se han pedido sean prohibidos definitivamente.

A decir verdad, y por entusiasta que uno sea de los deportes y de los campeonatos, ante unos resultados tan escalofriantes cabe razonar objetivamente y computar los pros y

los contras, por ver si vale la pena de exponer vidas humanas con tanta temeridad para lograr un título.

Aunque los participantes gocen de libre albedrío para aceptar el riesgo, deben haber en éste, como en otros órdenes, unos cánones morales y jurídicos limitativos de hasta donde puede llegar la libertad de disponer de la propia vida y, como en estos casos, de la de los demás, ya que se producen víctimas inocentes.

Bien está el deporte, la brega física y la contienda para adiestrar la agilidad y el buen manejo de unas máquinas. Pero la audacia y el espíritu de lucha en las lides de paz deben tener un límite, pasado el cual entran en la posibilidad de ser considerados como factores aliados del suicidio.

Una cosa es afrontar el peligro soslayable y accidental y otra la probabilidad, casi la certeza, de desafiar a la tragedia.

Venturosamente — y de nuevo hacemos hincapié en nuestras virtudes raciales — no tenemos por qué lamentarnos de semejantes competiciones en nuestro país. Tal vez esto podrá parecer a alguien una muestra de debilidad por nuestra parte. Insistimos en proclamar, por el contrario, nuestra convicción de que para demostrar la vitalidad, el vigor físico y el heroísmo, incluso, de un pueblo no hacen falta carreras de la muerte ni temeridades espectaculares.

Con los variados deportes — que no son pocos — practicados en España hay suficientes maneras para ejercitar, cada uno a su gusto y según sus aptitudes, los músculos y desarrollar el cuerpo humano, que es en fin de cuentas, o en principio, igual da, la meta y la base fundamental sobre la que debe sostenerse la deportividad.